

los espacios, a interiorizarlos. Los protagonistas ya no recorren los caminos ni surcan los mares. Cada vez son menos frecuentes los viajes fuera de España, tanto a lugares remotos como a lugares conocidos (Flandes o Italia).

En primer lugar, encontramos un porcentaje muy elevado de novelas ambientadas en ciudades españolas: Ávila, Sevilla, Valladolid, Madrid, Zaragoza, Alcalá de Henares. Los desplazamientos más frecuentes serán, por ejemplo, de Madrid a Sevilla o de Alcalá a la Corte. (En *Quien bien anda, bien acaba* de Sanz del Castillo, cuyo relato comienza *in medias res*, el protagonista va caminando de Orense a Zamora. En *Del médico de Cádiz* de Lugo y Dávila, el viaje es de Cádiz a Sanlúcar y vuelta a Cádiz. En *Los primos amantes* de Pérez de Montalbán, Lisardo se desplaza de Ávila a Sevilla.)

En segundo lugar, hay un mayor interés por esos espacios urbanos que antes señalábamos: las calles, las iglesias, las plazas. Los personajes recorren en coche el Paseo del Prado o la Casa de Campo, para acabar introduciéndose en el interior de la casa de la enamorada o conversando con ella junto a la reja de su alcoba<sup>63</sup>.

Como podemos ver, nuestros héroes-peregrinos, a medida que avanza el siglo, emprenden su peregrinación dentro de las fronteras de su propia patria. Ya no visitan ínsulas extrañas ni tierras lejanas. No desean salir de un terreno conocido, o ni siquiera se plantean si quieren hacerlo. Cuando la aventura sucede fuera de nuestra península, todo será inhóspito y engañoso. Los ingleses, los flamencos, los turcos o los tunecinos se convertirán en fieros enemigos de ruin comportamiento, falsos y traidores. Encontramos soldados alemanes violando a jóvenes doncellas, capitanes flamencos vendiendo como esclavos a los protagonistas o ingleses cometiendo alevosas traiciones.

En *El peregrino en su patria* de Lope, la idea de patria, como sugiere Avalle-Arce, y el concepto de nacionalismo, funcionan, sobre todo, como el eje que determina la acción, siendo su función tan importante como lo era el amor y las aventuras en la novela bizantina<sup>64</sup>. Esto será algo que aporte la Edad Moderna a la novela griega, pues no cabe duda de que una nueva idea de nación se está extendiendo por toda Europa.

Creo que podemos hablar de un movimiento de interiorización de este género literario y de un intento de nacionalizar el género clásico. El fenómeno se acompaña de un renovado interés por la exaltación y la apología de las ciudades españolas por las que los protagonistas de la peregrinación pasan.

Los novelistas disponen de una fórmula bien precisa y atestiguada en la tradición, que consistirá en situar el elogio de la ciudad en cuestión en el encabezamiento de la novela: «En la hermosísima y noble ciudad de...». En estos casos, los encabezamientos funcionan como secuencia cero en el relato, es decir, no intervienen en el proceso de formación del héroe<sup>65</sup> y

<sup>63</sup> Pienso en *María de Zayas*, *Mariana de Carvajal*, *Diego de Agreda y Vargas* o *Andrés Sanz del Castillo*. Las descripciones de interiores hogareños aumentan en las novelas que están enmarcadas por una tertulia, una fiesta o un sarao, y, especialmente, en las novelas propiamente costumbristas. Vid. C. B. Bourland, «Aspectos de la vida del hogar en el siglo XVII según las novelas de doña Mariana de Carvajal», Homenaje a Menéndez Pidal, II, Madrid, 1925, págs. 331-368.

<sup>64</sup> *Lope de Vega*, *El peregrino en su patria*, ed. J. B. Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1973, pág. 33. A modo de ejemplo, véase la novela octava del Teatro popular de Lugo y Dávila, titulada *De la juventud: «Y así estoy determinado de pasar a España, donde mi estrella parece que me inclina, por ver reinos donde se cria gente tan generosa y tan gallarda como los españoles, de cuya fama no es menester mayor prueba que lo mucho que os debo...»* (ed. cit., pág. 291-292).

<sup>65</sup> Los encabezamientos, como dice Evangelina Rodríguez, pueden también estar ocupados por «*rémoras didácticas previas a la exposición del conflicto moral*» (op. cit., págs. 94-95), o por descripciones mitológicas de amaneceres o atardeceres; vid. M. R. Lida, «*El amanecer mitológico en la poesía narrativa española*», *Revista de Filología Hispánica*, VIII (1946), págs. 77-120, y J. Simón Díaz, «*La Aurora y el Ocaso en la novela española del siglo XVII*», Cuadernos

sólo cumplen la función de consolidar esa intención de verosimilitud de la que hemos hablado. En tales ocasiones se aprovechan los encabezamientos para dar datos geográficos, históricos, artísticos, para confirmar la fecha de una fiesta tradicional o la llegada de un personaje célebre, etc.<sup>66</sup>.

De lo que se trata es de aprovechar esa zona inicial del relato para hablar al lector de las excelencias de las ciudades españolas, y para convertir, de alguna manera, en *exemplum* vivo de caso a imitar la historia del personaje que allí vive. Estamos ante un fenómeno no sólo de nacionalización, sino también de familiarización y acercamiento a los héroes. Se nos habla de la existencia de hijos ilustres en todos los órdenes de la vida, de que España es teatro de héroes de la vida cotidiana, de peregrinos cuyas aventuras merecen ser contadas para gloria de las ciudades en las que transcurrieron.

Todas las novelas de Lugo y Dávila van precedidas de comentarios, más o menos largos, sobre la ciudad protagonista de los hechos: «En Cádiz, isla y ciudad tan famosa entre los antiguos por el templo de Hércules, de quien las historias nos cuentan cosas tan admirables, y entre ellas, la oliva de oro con aceitunas de esmeraldas tan grandes como las que produce la fértil Andalucía, y por el sepulcro de los Geriones, donde dicen nacieron unos árboles en forma de cipreses...» (ed. cit., pág. 176).

También las novelas de Pérez de Montalbán, a excepción de las que tienen comienzo *in medias res*, se inician con esta fórmula de alabanza: «En la ciudad de Ávila, edificio que en grandezas y antigüedades no debe nada a cuantos se alistan en la jurisdicción de España...» (ed. cit., pág. 259); o con esta otra: «Seis leguas de la Corte tiene su asiento la insigne villa de Alcalá, cuyo nombre quiere decir castillo rico, por la abundancia de ingenios que la ilustran. Su nobleza es tan antigua que en tiempo de Leovigildo, rey de los godos, fue catedral, siendo su primer obispo Asturio, a quien sucedieron Novello y Venerio, según afirma el doctísimo Padre Juan de Mariana en el libro cuarto de su *Historia*. El temple del cielo es de los mejores de Europa; sus edificios muchos y buenos, y la grandeza de las escuelas como sabe el mundo. Obra, en fin, de aquel santo príncipe de la iglesia fray Francisco Ximénez de Cisneros, que a imitación de la de París fundó en ella esta tan célebre Universidad. Riégala Henares, tan apacible y caudaloso como celebrado de los poetas, corriendo entre una fresca y hermosa alameda guarnecida de árboles y flores» (pág. 57).

En *La mojiganga del gusto* de Sanz del Castillo, destacan las apologías de tres ciudades que serán las auténticas protagonistas de los hechos narrados: Salamanca, Granada y sus alrededores, y Ávila. De la primera se exalta su antigua nobleza, «epílogo de las ciencias y archivo de dignidades»<sup>67</sup>. De las otras dos destaca que pertenecen a la «siempre católica y leal España». Granada «aparecerá hermosa entre el Genil y Sierra Nevada.

de Literatura, II (1947), págs. 295-307.

<sup>66</sup> La apología de la ciudad puede funcionar, además, como marco no narrativo que dé unidad al relato. Incluso, como ha señalado P. Palomo, «este procedimiento de enmarcación geográfica puede relacionarse, pese a su distinta intencionalidad, con el sistema de encuadre de los avisos y guías, entre lo ejemplificativo y lo costumbrista, como en *Liñán y Verdugo*» (op. cit., pág. 64). Recordemos, además, que, por ejemplo, cada capítulo de las *Historias peregrinas* y ejemplares de *Céspedes* y *Meneses* comienza con una exaltación de las excelencias de la ciudad, y que esas apologías sirven de armazón a todo el relato.

<sup>67</sup> Cito por la ed. de Emilio Cotarelo, Madrid, Colección de Antiguas Novelas Españolas, 1908, pág. 111.

De Ávila dice: «Entre las muchas y suntuosas ciudades que con esclarecido lustre observa nuestra católica España, es una la de Ávila, cuyas antiguas tradiciones tienen sepultadas en olvido las hazañas dignas de alabanza de sus principales habitantes, merecedoras de esculpido y memorables bronce...» (págs. 263-264).

En las colecciones de novelas del siglo XVII son frecuentes este tipo de alabanzas de las ciudades españolas y de la religión que profesan sus habitantes. Se mantiene, además, una cierta «moral de Imperio»<sup>68</sup> y, al tiempo, un deseo de despertar al lector y recordarle lo que España sigue siendo, a pesar de las informaciones más o menos pesimistas y desengañadas que circulan por los ámbitos cortesanos<sup>69</sup>.

A modo de conclusión, podríamos decir que la novela corta del siglo XVII nace de la confluencia de varios elementos procedentes de diversos géneros literarios. De entre ellos, nos hemos detenido en el género bizantino, representado por una novela griega de amor y aventuras, la *Historia de los amores de Teágenes y Cariclea* o *Historia Etiópica* o *Etiópicas*, de Heliodoro, teniendo en cuenta el éxito que tuvo a lo largo de los Siglos Dorados.

Los escritores del siglo XVII descubrieron en la *Historia Etiópica* no sólo a un autor con el prestigio de los clásicos y una fuente de argumentos y de elementos narrativos nuevos, sino también una técnica novelística.

Las *Etiópicas* ya en su época, la del Bajo Imperio romano, marcaron un punto culminante en el desarrollo del género, y Heliodoro llevó al extremo sus convencionalismos. El contenido de la obra no podía ser renovado, y su estructura y los elementos de la composición, tampoco. Su autor no pretendió superar las limitaciones del género. Tampoco lo intentaron los novelistas barrocos, pues con la simple repetición del modelo conseguían atraer a un gran número de lectores, que se mantenían fieles al género.

Mientras en las novelas largas de Cervantes, Lope, Gracián o Céspedes se logra mantener el nivel de profundidad religiosa, alegórica o simbólica que tenía el modelo primitivo, y que acabó convirtiéndose en la base de la novela de aventuras, en la novela corta esta profundidad religiosa o alegórica funciona como una convención más, como una mera fórmula para captar el interés del público.

El escritor de novela corta busca, fundamentalmente, agradar y entretener, y por eso utiliza aquellos elementos de la novela bizantina que más concuerdan con el gusto del gran público al que se dirige: el amor, las aventuras, los viajes. Lo bizantino acaba convirtiéndose, para nuestros narradores, en un módulo operativo más, pero de vital importancia, para seducir al lector. Un lector que será más fácilmente encandilable a medida que, al avanzar en su lectura, vaya reconociendo y confrontando los ele-

<sup>68</sup> Las palabras son de M. Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966, pág. 58 y ss. (citado por E. Rodríguez, op. cit., pág. 226).

<sup>69</sup> Recordemos las palabras de Quevedo en el prólogo a su *España defendida*: «Hijo de España, escribo sus glorias... Ya, pues, es razón que despertemos y logremos parte del ocio que alcanzamos en mostrar lo que es España y lo que ha sido siempre, y juntamente que nunca tan gloriosa triunfó de letras y armas como hoy, gobernada por Don Philipe III, nuestro señor» (Obras completas, ed. Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1966<sup>6</sup>, págs. 489-490).

<sup>70</sup> «[...] y como el vulgo es novelero, y no todos bien entendidos, cada uno daba su parecer...», Parte segunda del *Sarao* y entretenimiento honesto. *Desengaños amorosos*, ed. Alicia Yllera, Madrid, Cátedra, 1983, pág. 219.

mentos de distinta procedencia que tan bien conoce, llámense torneos al estilo de los libros de caballerías, arcadias y diálogos como en los libros de pastores, o las bizantinas hazañas de un héroe cautivo de los turcos hoy, atacado por bandidos mañana, a merced siempre de la fortuna o, si se quiere, de la divina providencia.

A lo largo del siglo XVII podemos hablar de una constante remodelación de la tradición literaria y de una mecánica de desgaste de las fórmulas tradicionales mediante la combinación de las mismas. Todo acaba reduciéndose a un número pequeño de elementos que pueden combinarse de mil maneras diferentes; apenas hay sorpresas. Pero el lector de novela corta ya sabe cuáles son las convenciones del género y gusta de esas convenciones, heredadas de la novela grecolatina. Como dice María de Zayas, «el vulgo es novelero»<sup>70</sup>. Lo ha sido siempre.

**Julia Barella Vigal**

